

engendradora, por tanto, de gobiernos fuertes que se comprometían a devolver al país la seguridad perdida. Así, en Bolivia, en 1829, es llamado al poder el general Santa Cruz, quien, pese a lo positivo de algunas de sus gestiones, caracterizó su gobierno por la crueldad hacia sus enemigos; también ejerció la tiranía el general Manuel Isidro Belzú, quien se apoyó en los sectores más depauperados de la sociedad; posteriormente aparece otro dictador, esta vez civil, José María Linares, y más tarde, en 1864, iniciará su ascensión a la Jefatura del Estado el brutal general Mariano Melgarejo, y así podríamos continuar elaborando una amarga y prolongada lista.

Ecuador, por su parte, desde su separación de la gran Colombia en 1830, vive una constante sucesión de dictaduras. Primero, la del general Flores, quien se apoyará en negros, zambos y mulatos<sup>7</sup>; después conoceríamos la teocrática de García Moreno, y más tarde, la del general Ignacio Veintemilla.

En Venezuela, los primeros años de la independencia transcurren bajo la influencia de Páez, lugarteniente de Bolívar. Ello, de hecho, convierte el gobierno en su dictadura; después de él, Guzmán Blanco llegó a proclamarse dictador. Y entre sus sucesores conviene recordar las figuras de Villanueva Crespo y de José Vicente Gómez. Por eso, Vargas Vila<sup>8</sup> llega a escribir:

«En Venezuela la Dictadura ha sido el privilegio de todos los partidos;

los conservadores y los liberales se han disputado por igual la triste misión de dotar de Césares a la República;

los ha habido supra-heroicos como Páez; gloriosos, como Guzmán; austeros, como Crespo; viles, como Andueza; ruidosos y nefastos, como Castro.»

Pese a que Chile surgió como el país más estable de todo el continente, también conoció el establecimiento de sistemas dictatoriales durante el siglo XIX. Como tal, aunque con ciertas reservas, suelen señalarse los de O'Higgins, Prieto, Bulnes y Montt.

Argentina vive una infancia francamente difícil a causa de la división existente entre unitarios y federales, situación que desembocará en la dictadura de Juan Manuel de Rosas, quien se mantendrá en el poder hasta 1852. A partir de entonces, y a diferencia de lo que ocurriría en la mayor parte de los países hermanos, el resto del siglo discurrió con gobiernos más o menos estables y constitucionales que impulsaron un

<sup>7</sup> FRANCISCO MORALES PADRÓN: *Historia de Hispanoamérica*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad, 1972.

<sup>8</sup> J. M. VARGAS VILA: *Los césares de la decadencia*, Barcelona, Sopena, S. A., pág. 147.

innegable desarrollo, siendo necesario llegar al siglo xx para conocer el establecimiento de nuevas dictaduras.

Mucho más dictatorial es la historia del Paraguay, iniciada con la tiranía del pintoresco doctor Francia (hombre, paradójicamente, de formación estrictamente francesa), continuada por la del general Solano López, quien en sus afanes de conquista reduciría la población del país a la tercera parte tras las guerras con Brasil, Uruguay y Argentina.

En Uruguay, Rivera asumió la dictadura entre 1839 y 1843.

Hasta 1842, Méjico, con ciertas intermitencias, vive bajo el dominio dictatorial de Santa Anna.

Por su parte, una vez que se produce la disolución de las provincias unidas de Centroamérica y su consiguiente conversión en países autónomos, comienza uno de los capítulos más movidos (constantes guerras fronterizas, golpes de Estado, caos, etc.) de toda la historia hispanoamericana, lo que sería utilizado como pretexto para el intervencionismo directo del imperialismo USA, desembocando en el establecimiento de habituales dictaduras, que se prolongarán en algunos casos a lo largo del siglo xx, viviéndose en la actualidad sus consecuencias.

Intencionalmente nos hemos limitado a citar algunos de los casos más destacados del siglo xix, como clara muestra del condicionamiento histórico de expresiones artísticas posteriores.

De lo expuesto hasta el momento podemos deducir que ha habido dictadores militares y civiles, clericales y anticlericales, conservadores y progresistas. No obstante, todos ellos tenían una característica común: el dictador era el centro de atención de la vida nacional. Su efigie aparece por doquier, se imprime en los billetes de Banco y en los sellos de correos; su nombre se impone a las instituciones de todo tipo que surgen en el país; sus gustos personales impondrán las modas en la manera de vestir y en cuantas circunstancias regulan las relaciones sociales. Y cuando el dictador desaparece, bien sea por muerte o por derrocamiento, el sistema que creó se hunde con él, ya que no supo o no quiso crear una ideología que lo sostuviese. El gobierno era él, y cuando su voluntad no existe, desaparece esa ficción de gobierno.

Si hemos esbozado esta ligera panorámica es porque consideramos absolutamente indispensable tenerla presente para la más exacta valoración de las obras que constituyen el ciclo que hemos venido a llamar «del Dictador», aclarando que sólo consideramos en este apartado a las que se centran en figuras que han ejercido la tiranía desde el poder, no incluyendo, por tanto, a las de bandoleros o jefes de partida, entre los cuales ya figuran algunos de la época virreinal, como es el caso de Lope de Aguirre.

La novela política cobra verdadera importancia con el Romanticismo, ya que coincidirá la preocupación nacionalista del movimiento con las vivas inquietudes emancipadoras, y así, en cuanto pensamos en la literatura inspirada en los dictadores, tres títulos surgen de inmediato ante nosotros: *Facundo*, *El Matadero* y *Amalia*.

El primero, subtítulo «Civilización y barbarie», publicado por entregas como folletín del periódico *El Progreso*, de Santiago de Chile, no es una novela propiamente dicha, ya que se encuentra más cerca del ensayo, sin llegar a serlo en su integridad. Su autor, Domingo Faustino Sarmiento, se sirve de la biografía del riojano Facundo Quiroga para realizar un análisis de la historia, costumbres y paisaje argentinos, sin que falte la expresión de su desprecio hacia Rosas, cuyo régimen político le había conducido al exilio. La crueldad, la falta de nobleza, la barbarie, serán los rasgos destacados del dictador: «Rosas, falso, corazón helado, espíritu calculador, que hace el mal sin pasión y organiza lentamente el despotismo con toda la inteligencia de un Maquiavelo». Aunque el libro fue escrito en 1845, en la edición de 1851 se suprimirían los dos capítulos finales constitutivos de la tercera parte de la obra, ciertamente desgajada del conjunto, ya que no es sino un simple análisis político, pues al ser en ellos más recia la diatriba contra el tirano, su inminente caída aconseja a Sarmiento limar asperezas entre sus enemigos para prepararse así un mejor regreso a la Argentina, de cuya República llegaría a ser presidente.

El segundo título citado, *El Matadero*, corresponde a un brevísimo cuento de Echeverría, que aunque publicado en 1871, fue escrito entre 1838 y 1840, correspondiéndose, por tanto, con el período rosista. Cronológicamente es la primera narración antidictatorial. Sin embargo, la figura de Rosas no aparece de manera directa, así como los altos cargos de su gobierno, sino la ruindad de clases sociales ínfimas, en cuyo halago y plebeyez se asentaba la federación, es decir, la dictadura. Pero sobre todo el nauseabundo panorama que nos ofrece esta concreta parte de la ciudad de Buenos Aires, descrito con tal fidelidad realista que nos permitirá pensar en lo que más tarde leeremos en el Naturalismo, percibimos la palpitación constante del terror y la tiranía personal ejercida por «El Restaurador de las Leyes»:

«Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas actitudes y se desparrramaban corriendo como si en medio de ellos cayese alguna bala perdida, o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era que el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos a su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél; de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de